

LA FUERZA LABORAL: QUE HACE CADA UNO

El deseo de desarrollo así como el método básico utilizado para conseguirlo, son permanentes en la Unión Soviética; pero las técnicas usadas en la producción del desarrollo se ajustan con frecuencia para adaptarse a los cambios en las situaciones. En la etapa presente de la campaña de expansión, la Unión Soviética está experimentando fuertes presiones contra la suma de toda la mano de obra disponible. La industria soviética en particular, exige una fuerza laboral que no solamente es mayor, sino, también, que esté bien motivada. En ambos aspectos, en efecto, hay actualmente una cierta urgencia en el aire entre las autoridades económicas soviéticas.

En más de una ocasión, algo de esa urgencia no llegó hasta nosotros en el curso de nuestras conversaciones con funcionarios económicos responsables en distintas partes del país. Los viejos métodos empleados en la dirección de los recursos laborales tan importantes, se nos dijo con frecuencia, ya no se pueden utilizar en las condiciones actuales para tener buen efecto. Esto es más que una cuestión de buena intención. La decisión de hacer un mejor trabajo de ahorrar los recursos laborales del país, parece estar bajo todo el orden de políticas económicas que se están desplegando ahora en la Unión Soviética. La necesidad de un mejor rendimiento en la industria, por medio de mayor productividad de la fuerza laboral, se ha venido asociando, cada vez más, en la práctica, con la necesidad de mejores recompensas e incentivos individuales. El concepto de mejores recompensas, a su vez, ha cobrado alguna expresión práctica en la forma de un aumento cuantitativo en la oferta de bienes y servicios a la masa de población urbana.

La necesidad urgente de dar mejores recompensas a la mano de obra a fin de lograr un nivel más alto de productividad obrera, plan-

tea a los planeadores soviéticos económicos un serio reto. Una desviación radical en este aspecto podría trastornar las proporciones actuales en la esfera de distribución del trabajo. Cualquier mejora en el nivel de satisfacción del consumidor en el país, si fuera suficiente para afectar a la masa de obreros industriales, se puede lograr solamente a costa de una gran porción del melón de mano de obra del comercio y servicios. Desgraciadamente para los planeadores, la oferta actual de mano de obra no es lo bastante segura para esa finalidad. En realidad, la presión en favor de mayor productividad laboral se ha originado como resultado del apuro existente de mano de obra. Por lo tanto, se precisaría una habilidad extraordinaria por parte de los planeadores para distribuir precisamente la cantidad de mano de obra a las industrias de bienes y servicios necesarios para elevar la calidad de los servicios diarios bastante para aumentar los incentivos y la productividad sin poner en peligro el abastecimiento de obreros para la industria básica.

En el pasado, el despliegue de la fuerza laboral para el desarrollo económico rápido era un asunto relativamente sencillo. El Gobierno soviético tenía toda la fuerza que necesitaba para distribuir el trabajo y usaba esa importante palanca del control económico para alterar el modelo de producción del país. Usando su poder como patrón monopolio de trabajo, rápidamente efectuaba una transferencia en masa de mano de obra desde la agricultura a la industria. En aquella fase, tal transfusión era considerada como el remedio principal de todos los males económicos tradicionales de Rusia, como diagnosticó Stalin. Los números fueron la fuente de la fuerza. Stalin había puesto la vista, ya en 1925, en una meta de "quince a veinte millones de proletarios industriales". Con una fuerza laboral de ese volumen, prometía fielmente al partido, "saldremos victoriosos en una escala internacional".

El historial del crecimiento en el número de obreros ha reflejado la implacable campaña hacia la paridad industrial con las naciones del Oeste. Así, cuando la campaña para avanzar hasta la primera fila de potencias industriales empezó en 1928, la industria soviética empleaba solamente 3.100.000 obreros, o sea menos del 2 por 100 del total de la población. Después de varios años de forzar al trabajador hacia la industria, se alcanzó la cifra de 15.000.000 en 1956, tres años después de la muerte de Stalin. Tres años más tarde, en 1959, la industria soviética empleaba 16.000.000 de obreros industriales, o sea el 8 por 100 de la población, una proporción típica de las economías más desarrolladas

del Oeste. Así, el largo y tormentoso viaje para ponerse al compás de las naciones industriales más avanzadas en mano de obra industrial había llegado a su fin.

La finalidad de la campaña original de Stalin, sin embargo, no era solamente levantar la masa general de obreros de la industria, sino también establecer una serie correcta de "proporciones" en su distribución. Como en otras partes, en la economía las proporciones se establecieron en favor de la industria pesada, los cimientos del poder económico para el régimen. En este sentido, también, los resultados deseados se consiguieron en poco tiempo. A principios de la segunda guerra mundial, doce años después de la planificación total, el cuadro en el empleo industrial había cambiado drásticamente. Dos ejemplos bastarán para ilustrar la dirección del cambio. Uno, la parte de las industrias productoras de máquinas se aumentó desde 14 por 100 del empleo industrial total en 1928, al 29 por 100 en 1940, y al 31 por 100 en 1959. El otro, la industria alimenticia, que había empleado el 20 por 100 de toda la mano de obra de la industria al principio de la campaña, bajó al 12,5 por 100 en 1940; en 1959 solamente contaba el 10 por 100 de la fuerza laboral industrial del país.

Ahora, sin embargo, el problema con que se enfrentan los planeadores económicos soviéticos es algo diferente. Para todos los fines prácticos no hay más grandes reservas de mano de obra en la agricultura que se pueda aprovechar. Las amplias proporciones en la composición de la fuerza laboral han sido estabilizadas. La industria absorbe ahora el 35 por 100 de todos los asalariados (excluyendo a los campesinos colectivos). Además, parece haber asentado firmemente en esa proporción, en la medida en que otros sectores de la economía, principalmente los servicios, han conseguido forzar sus modestas peticiones de mano de obra. En resumen, los costos de mano de obra de la urbanización tenían que pagarse. Incluso en su variante mínima, eran importantes. Según los datos oficiales, la mano de obra empleada en la producción de bienes había estado perdiendo terreno constantemente en su expansión, principalmente como resultado de la salida de mano de obra de la agricultura. Durante los últimos treinta años, por ejemplo, el empleo total en "producción" ha aumentado solamente en el 34 por 100, mientras que el volumen de la fuerza laboral absorbida por los "servicios" se ha multiplicado por seis. Consecuencia de ello, el sector de servicios

cuenta ahora con el 12 por 100 de toda la mano de obra de la economía, frente al 3 por 100 al principio del período de planificación.

Enfrentados por estos límites naturales impuestos sobre el volumen de la fuerza laboral industrial, las autoridades soviéticas parecen haber aceptado la deducción de que el crecimiento futuro dependerá en un grado mayor de métodos mejores para la utilización de la fuerza obrera. Este cambio de énfasis en la política laboral soviética ha originado una serie entera de reformas encaminadas a obtener una mayor productividad del obrero. Puesto que una mejor actuación por parte del obrero individual en la industria requiere, a su vez, mayor moral individual, el régimen ha puesto en movimiento en los últimos años un amplio programa con tal fin, consistiendo en una semana laboral más corta, diferencias menores en salarios, subsidios más elevados, mejores viviendas y una distribución abastecida más abundante que sirva a la economía del consumidor.

Los problemas que surgen de este grupo de medidas de mejora dominan ahora la escena en las relaciones laborales de Rusia. Los reducidos beneficios aportados, ya están originando visibles esperanzas de más ganancias. Inevitablemente, la forma en que las autoridades soviéticas llevan a cabo esas medidas para la suavización de la austeridad, han de condicionar el clima social de la U. R. S. S. durante algún tiempo futuro.

Para el futuro inmediato, sin embargo, el movimiento hacia un nivel superior de bienes es probable que se haga más lento por las contrapresiones generadas por la campaña ininterrumpida en favor del desarrollo industrial. Una de éstas es la necesidad urgente de una fuerza laboral industrial adecuada para que la industria avance en los críticos años futuros. Lo que hace que esos años sean críticos es el hecho de que la llegada natural de nuevos obreros a la economía, basada en que se hagan mayores de edad jóvenes dispuestos a ser empleados, ha estado fuertemente reducida en la Unión Soviética como consecuencia del bajo porcentaje de nacimientos durante el período 1941-47.

A la luz de su decisión de crecer, el Gobierno soviético no puede favorecer ninguna interrupción en la llegada de nueva mano de obra. Más de una tercera parte de toda la nueva mano de obra, se tiene que recordar, está destinada a la industria. Según esto, se empezaron a tomar medidas para contrarrestar el esperado descenso en la víspera del actual período de plan de siete años. En diciembre de 1958, una drástica

propuesta de Kruchev fué enviada rápidamente como ley del Soviet Supremo, estableciendo la reorganización del sistema escolar. Según esta reforma, resumida brevemente, el período de escuela elemental se amplió en un año, hasta un total de ocho, haciendo que los graduados llegaran a la edad de empleo de quince años. Además de esto, la ley también establecía un cambio en el "currículum" de la escuela secundaria, bajo la cual los estudiantes que siguen en las escuelas en los grados 9.º al 11, recibirán un curso mixto de preparación vocacional y académica, trabajando y estudiando al mismo tiempo. También se introdujeron nuevas normas de inscripción para dirigir una mayor proporción de jóvenes hacia el empleo durante el día y estudio después de aquel.

El resultado principal de la reforma, en cuanto se refiere a economía, fué el aumento de la llegada de mano de obra en la industria y otros empleos estatales. Manteniendo la proporción de estudiantes todo el día, se calcula que la reforma, según las autoridades escolares proporcionará unos cinco millones de personas para trabajar. Con esto se espera elevar el número total de nuevos obreros durante el período 1959-65 a 8.400.000 en comparación con el total planeado de 11.900.000 reclutas.

Por medio de esta gran reforma, solamente, por tanto, el Gobierno soviético ha reducido el problema a unas proporciones asequibles. Los restantes 3.500.000 nuevos operarios necesarios durante el plan de siete años tendrán que conseguirse de otras tres fuentes. Se espera que lleguen principalmente gracias a las transferencias desde las granjas colectivas, por reducción en las fuerzas armadas y arrastrando hacia la fuerza laboral a más mujeres y obreros retirados que ahora no producen.

Hasta la fecha se tienen que dar a conocer varios éxitos. Durante el período de cinco años, 1955-59, la reducción en la inscripción escolar, junto con las reducciones en las fuerzas armadas, ayudaron a ampliar más rápidamente la fuerza laboral civil. Se ha dicho que el aumento en esos años fué de diez millones, mientras que el aumento natural de la población de edad trabajadora llegó solo a 7.400.000.

Sin embargo, la recluta del número necesario de obreros industriales es solamente la mitad del problema.

Otra fuente de presión que pesa ahora en la economía soviética surge del cambio en la demanda geográfica de mano de obra. Las autoridades soviéticas reconocen abiertamente que se están enfrentando

con un serio desequilibrio en la oferta de mano de obra entre las distintas regiones económicas del país. Expresado ampliamente, las viejas zonas industriales del Oeste están presentando un superávit, mientras que las regiones orientales están crónicamente escasas de mano de obra industrial. Algunas medidas más imaginativas o más drásticas tendrán que tomarse por parte del Estado para llevar a cabo las transferencias del exceso desde el Oeste al Este. Este último se caracteriza oficialmente ahora como "una zona con un tenso equilibrio laboral durante el actual plan de siete años".

El problema en sí mismo no es nuevo; solamente se ha intensificado como consecuencia del acelerado ritmo de construcción y por el volumen de operaciones industriales en un cierto número de grandes centros de Siberia. Tampoco hay nada nuevo en los remedios que se están empleando ahora. Se está atrayendo a los trabajadores voluntarios por medio de una escala de salarios más elevada y por contratos para un determinado número de años, durante los cuales se mantiene el derecho del voluntario a un piso en su ciudad natal. Sin embargo, el porcentaje de cambios de trabajadores es extraordinariamente alto y no ha mejorado en los últimos años las posibilidades de una fuerza laboral más estable. Las ciudades y lugares de construcción, en su mayor parte nuevas, carecen de los lugares de diversión normales, que el ciudadano soviético de Europa espera encontrar en su lugar de empleo. Por alguna razón, el espíritu de "pionero" del individuo no parece manifestarse libremente en el medio soviético, donde se puede confiar que el Estado proporcione un molde de organización y primas atractivas para todas las actividades de un determinado carácter. La Prensa oficial es bastante franca en este punto, citando con frecuencia cifras para demostrar que una elevada proporción de los hombres que se ofrecen voluntarios para "la primera línea de la producción socialista" reciben su prima de viaje del Gobierno y vuelven a su ciudad tan pronto como termina el plazo del contrato. Muchos regresan en seguida, con quejas de trato inconsiderado por parte de los patronos en Siberia.

Según opinan los directivos, este disgusto hacia las provincias lejanas del Este es en gran parte el resultado de una mala labor educativa. Las cartas abiertas de los obreros temporales publicadas en la Prensa central, generalmente han basado sus llamamientos de más voluntarios en una descripción lírica de los atractivos naturales de aquella región. Sin embargo, queda el hecho que eso no persuadirá a bastante gente.

El capital social en esas regiones tendrá que ampliarse antes de que se pueda esperar cualquier aumento grande en la población estable. Sobre esta cuestión, tenemos la autoridad de Kruschév, quien en su discurso del 6 de octubre de 1959, en Vladivostok, dijo:

“Tenemos que atraer a nuevas personas, no por medio de sueldos más altos en relación con otras ciudades, sino por buenas condiciones de vida. Darle a un ama de casa una vivienda cómoda y vivirá aquí, con el mismo salario, así como en otras ciudades, y no se marchará. Cuidemos de que haya buenas casas de la infancia, escuelas, que las ciudades tengan salas de cine y otros establecimientos culturales; demos a la gente los productos alimenticios necesarios. Entonces todos comenzarán a sentirse que no son temporeros, sino residentes permanentes de esta espléndida región.”

Evidentemente, se necesitará una buena cantidad de trabajo para conseguir una mejora palpable en los servicios de esas enormes regiones mal comunicadas. La ciudad de Moscú tiene ahora 3,7 veces más obreros empleados en el comercio minoritario, por habitante, que el resto del país y otros centros industriales en el Oeste están también abastecidos. Pero la proporción se hace menos favorable a medida que uno se mueve más hacia el Este.

Para los directivos soviéticos, todas las lecciones de su reciente experiencia en el despliegue de la fuerza laboral apuntan hacia la necesidad de proporcionar un nivel más elevado de bienestar a los obreros industriales. En relación con eso, los directivos actuales han revivido y dado amplia circulación a una de las admoniciones de Lenin en sentido de que “es imposible conducir a millones y decenas de millones de personas hacia el comunismo sin el elemento del propio interés material”. Alguna mejora material tiene que cernirse sobre el horizonte durante el viaje hacia la tierra de promisión comunista. Esto significa que el Estado tendrá que idear un plan mejor de recompensas materiales antes de que pueda esperar mejores rendimientos por parte del obrero. Hay abundancia de hechos que recuerdan a las autoridades la preionante necesidad de tal mejora. Por ejemplo, en la industria, la Unión Soviética tiene una fuerza laboral que es un 18 por 100 mayor que la de Estados Unidos. La industria soviética, además, emplea casi el doble de ingenieros. Sin embargo, la producción conjunta de las fábricas es casi desigual, siendo la proporción por los menos de dos a uno en favor de Estados Unidos. Sería difícil encontrar una sola industria

soviética, incluso entre las ramas más mecanizadas, que no sufra un retraso crónico en producción por personas empleadas. Para una industria "de primera línea" como la de máquinas herramientas, de fuente soviética, se fijaba la productividad laboral norteamericana en 1,9 veces la de la U. R. S. S. En la industria de fabricación de máquinas en general, la productividad laboral norteamericana se ha calculado por el órgano oficial del "Gosplan" de 2,8 a tres veces mayor que en la Unión Soviética.

Una forma en que el Estado soviético, por su carácter de único patrono de los trabajadores, puede estimular un mejor esfuerzo por parte de su fuerza trabajadora, es ofreciendo más estímulos económicos. Esta íntima relación está reconocida claramente por las autoridades económicas soviéticas en sus declaraciones públicas y privadas. La dificultad, sin embargo, es que sus buenas intenciones en este respecto llevan a los planeadores a un conflicto con las "proporciones" establecidas. Mayor bienestar también tiene su costo en términos de mano de obra. Mayor producción por obrero en la industria se puede esperar razonablemente como resultado de mejores servicios. Pero tal mejora a su vez exige más mano de obra.

En el comercio al por menor, la situación tirante con respecto al servicio es claramente visible. El visitante extranjero puede observar directamente las presiones de demanda sin satisfacer de mejores servicios, a lo que el régimen tendrá que prestar alguna atención en un futuro cercano. El hecho que los bienes destinados a la distribución en masa se estén produciendo ahora en mayor volumen, no acerca más la solución del problema. En todo caso, solamente ayuda a dramatizar la insuficiencia crítica de la red de comercio al por menor. Las tiendas en general son pequeñas, arcaicas, mal equipadas y situadas arbitrariamente. En las ciudades, según los datos oficiales, no ha habido mejora en el número de almacenes en relación con la población desde 1940; ambos números se han duplicado. Ni tampoco ha habido ninguna mejora en la calidad del servicio. Grandes almacenes de productos alimenticios de Moscú, por ejemplo, todavía funcionan sin refrigeración. Esta falta muy seria crea la necesidad de entregas muy frecuentes.

Este retraso evidente en la distribución ha llevado a un experto soviético notable en cuestiones laborales a predecir: "El aumento en la demanda de servicios de mejor calidad para la población conducirá no

solamente a la necesidad de un aumento absoluto, sino también relativo en la cantidad de mano de obra y número de empleados.”

En resumen, aumentan las esperanzas en la Unión Soviética. Para conseguir una mejora en este sector, incluyendo más tiendas, locales más amplios, un mejor suministro de productos, mejores técnicas de servicio, los planeadores soviéticos tendrían que reconciliarse con una considerable expansión en el volumen de la fuerza laboral asignada a la construcción y funcionamiento de los medios de venta al por mayor y al por menor.

Tampoco es esta la única zona en que los crecientes niveles en el mundo exterior están haciendo presión contra la realidad soviética. Uno de los cambios más conspicuos en las relaciones laborales que está teniendo lugar ahora en la Unión Soviética se refiere a la duración de la semana laboral. Hace cuatro años empezó un constante proceso de reducción, cuando se redujo la semana de cuarenta y ocho horas del tiempo de la guerra a cuarenta y seis. A finales de 1960, se espera que llegue a su fin la segunda fase, con todos los asalariados trabajando un día de siete horas y cuarenta y una horas a la semana. Se espera reducir una hora más en 1962. Después, empezando en 1964, el Gobierno ha prometido otra reducción en las horas de trabajo, esta vez hasta treinta y cinco horas, lo que se predice que será “la semana laboral más corta del mundo”.

La semana laboral del obrero de la fábrica soviética está proyectada ser un 20 por 100 más corta a final del período del plan de siete años que a su principio. Esta medida se reconoce generalmente como la concesión más atractiva al bienestar que se está haciendo por el Gobierno. Al mismo tiempo, también tiene fuertes atractivos para las autoridades, ya que proporciona una base para revisar el sistema actual de normas de trabajo “anticuadas”. La actual revisión fábrica por fábrica de sus preparativos para el día de siete horas de trabajo, como nos hemos enterado durante nuestras entrevistas, se interesa principalmente por un reajuste hacia arriba de las normas de trabajo siempre que es posible. El resultado esperado es un aumento sustancial de la productividad laboral.

Pero esa reforma, también, tiene su aspecto negativo desde el punto de vista de los planeadores. Para el futuro inmediato, la reducción drástica de las horas podría pesar todavía más sobre la oferta de trabajo requerida por la economía estatal. Esta, incluyendo la industria,

tiene que aumentar toda su fuerza laboral durante el presente plan de siete años en casi el 22 por 100. Sin embargo, la proyectada reducción de horas será tan fuerte que anulará el efecto de casi todo el bloque de nueva mano de obra. Por tanto, la mayor parte del aumento proyectado del 80 por 100 en la producción de la industria para 1965 tendrá que lograrse por medio de una mayor productividad laboral. Algunos autores soviéticos, en efecto, han calculado que el aumento de productividad durante el período de siete años en las industrias que disfrutan la semana laboral reducida tendrá un promedio alrededor del 9 por 100 anual, cifra que está claramente en el lado ambicioso. Es importante recordar que durante los últimos siete años, la cifra de crecimiento anual en la productividad laboral en la industria soviética se ha fijado oficialmente en 7.3 por 100. Lo que es más, se ha venido moviendo bastante constantemente hacia abajo.

Otro ejemplo del lento progreso para conseguir una mejora palpable en la muy olvidada zona del bienestar es el asunto de la vivienda. Es urgente la necesidad de normas mejores en los hogares. De acuerdo con ello, la escala de inversión se ha ampliado. Será mayor durante el actual plan en un 80-83 por 100 en comparación con el período anterior de siete años. Este es un aumento igual al proyectado para la construcción de instalaciones productoras, hecho que por sí solo es único en las normas de planificación soviéticas. Pero no se espera que los resultados eliminen la fuerte capa de austeridad en este aspecto de la vida diaria de la Unión Soviética.

Examinemos la meta en viviendas a través de los ojos del venerable economista soviético Nemchikov. El se imagina el 55 por 100 de todas las adiciones a las viviendas urbanas hechas hasta 1965, que serán "tragadas" por el aumento de la población de las ciudades. En el mejor de los casos, razona, las nuevas viviendas añadidas elevarán la cantidad media de espacio para vivienda a ocho metros cuadrados por habitante de la ciudad. Esto hará que la situación, para dentro de cinco años, siga siendo inferior a "las necesidades sanitarias mínimas" oficiales de nueve metros cuadrados por persona establecidos hace unas tres décadas por el Gobierno soviético.

Tenemos que recordar, sin embargo, que los directores de la economía soviética no están empeñados en una carrera para equipararse con los niveles de consumo del Oeste. Esto no se halla seguramente en el corazón del programa económico oficial, aunque puede pesar intensa-

mente en su justificación verbal. Lo que atrae a los directivos soviéticos de la competencia contra el Oeste son las oportunidades para socavar la situación de potencia de esas naciones en el mundo. Para esta finalidad tienen un cierto número de potentes armas en su arsenal. No es precisamente la última de aquéllas su éxito sin igual en dividir el proceso orgánico del desarrollo económico de tal forma que se acumulen en un tiempo "record" bastantes aptitudes de política para usarlas como instrumento de intimidación contra el Oeste. Al mismo tiempo, su retrasado sector de consumo puede ser representado plausiblemente para las naciones subdesarrolladas como un precio aceptable a pagar por una rápida expansión de la capacidad productiva básica.

LEON HERMAN